



Los cadáveres exquisitos aman seguir bebiendo vinos nuevos

Federico R. Urman

Hay experiencias creativas y diversos elementos, en la vida cotidiana, psicopatológica o no, que pueden ser utilizadas para la comprensión de las experiencias psíquicas, y de la reflexión clínica y el modo en que intervenimos terapéuticamente en las mismas. S. Freud usó el microscopio, los lentes, la pintura y la escultura, el block maravilloso y el ajedrez con estos propósitos. Yo también empleé el juego del ajedrez para ilustrar el juego del ir analizando (Urman, 2021) y, con gusto, sumaría otras creaciones que tendrían su equivalencia en la clínica: el *ready made* del juego dadaísta (Urman, 2022), el bricolaje (destacado por R. Rodulfo), el patchwork, el collage y el cadáver exquisito.

El *ready made* encuentra objetos cotidianos y los significa como artísticos en una decisión que sólo en un primer momento es privada y que un sujeto realiza en soledad (acompañada). Decisión parecida a la del niño cuando toma un elemento y lo inviste y usa como juguete (esto incluye el empleo, con fines lúdicos, de objetos considerados convencionalmente juguetes). El collage, que pega fotos, telas, papeles, periódicos, hilos y otros elementos al papel o a un lienzo es una configuración desconfigurada de objetos, y, como obra (des)compuesta emplea elementos heterogéneos (cf. la obra de Antonio Berni sobre Juanito Laguna y Ramona Montiel). Si en el bricolaje convencional se trata de la realización de trabajos manuales sobre elementos que le interesan al sujeto reparar o solucionar, en el hogar o en vehículos personales, o actividades decorativas que realiza empleando herramientas y materiales que usualmente dispone o adquiere expresamente, según su experiencia, o aconsejado por tutoriales u otras personas, y que sigue entusiastamente el lema "hágalo usted mismo", lo utilizo acá para referirlo a lo que evoca en la clínica. Paciente y terapeuta quedan implicados en la fabricación del dispositivo que los instituye y en el diálogo productivo que crean a propósito de la problemática vincular que en cada situación se presenta.



El patchwork reúne, mediante la costura, retazos o pedazos de telas diversas que se añaden en una pieza más amplia y abarcativa, con diseños de diferentes características: armónicos o no, figurativos o no figurativos, acolchados o no, etc. Es una construcción artesanal cuyo producto final se emplea para la vestimenta, la decoración, como mantas, etc. Puede incluir bordados y diferentes elementos para unir sus partes. En la lógica del Uno expresa el ideal de complementación, unidad, integración y coherencia, al modo de la elaboración secundaria de los sueños; en la del Dos, la costura podría aludir a la labor del entre que procura pasar de una fragmentación a una situación de lazos que conjuntan en inmanencia. Las intervenciones subjetivantes, en uno y otro modelo, están aludidas por la acción de ligar diferencias y crear complejidades inéditas.

El cadáver exquisito es un juego escrito o gráfico. Se lo lleva delante de este modo. Un primer participante escribe, en dos renglones, palabras o versos, o bien comienza a dibujar algo. Pliega esa hoja de tal modo que el primer renglón o el comienzo del dibujo queda oculto, y la entrega a un segundo participante. Éste sólo percibe el párrafo o las líneas expuestas y debe, a su vez escribir dos renglones más o prolongar el dibujo, cuya forma sólo parcialmente advierte, en la dirección que crea conveniente y lo deja inconcluso. Al volver a plegar la hoja un tercer participante sólo observa la parte del dibujo visible o, nuevamente, el renglón último que el sujeto anterior ha propuesto y tiene, a su vez, en condiciones semejantes, que continuar con el texto o el dibujo, hasta que, con el último participante, el texto o el dibujo terminan. Al concluir, se despliega la hoja y se examina la obra conjuntamente confeccionada.

Este juego obtiene su nombre, según refiere André Bretón, del texto del primer cadáver exquisito compuesto: "El cadáver/exquisito/beberá/el vino/nuevo". Entre lo perdido y lo presentado emerge lo inédito, llega inesperadamente el visitante que se aguardaba. Como vemos, en cada oportunidad, un integrante comparte una apertura produciendo una intervención abierta hacia el conjunto, hacia los otros cuya alteridad es infinita, irreductible. En esta múltiple e imprevisible hospitalidad hay tensión (Derrida), pero una tensión alegre, juguetona, consensuada en horizontalidad. La hoja de papel reúne singularidades heterólogas.

Esta composición, intuitiva, espontánea y de autoría compartida (anónima), es un genuino producto de lo vincular (Berenstein & Puget) y suma intervenciones motivadas por decisiones conscientes y flujos inconscientes. Cada sujeto interviene desde el acontecimiento que lo precedió. La hoja de papel reúne e integra ilusoriamente el producto final, pero esta unidad es sólo imaginativa, pues las necesarias fallas en la elaboración secundaria (S. Freud) visibilizan fisuras, inconsistencias y el clima onírico que puede sugerir.



Como el sueño, su desconcertante continua discontinuidad es expuesta. Las múltiples propuestas que suma lo muestran como un producto heterogéneo y heterólogo. Desde nuestro punto de vista su análisis podría generar sentidos intrasubjetivos, intersubjetivos y los de lo vincular. Los sucesivos momentos lúdicos de una sesión pueden ser comprendidos de este modo, como los dados que, por turnos, yo y un niño arrojábamos, en un juego inventado por el paciente, al que denominaba "loa números" (a sumar). (cf. "Azar y determinación según Tomás, de diez años ") El resultado de los dados tirados previamente indicaba qué tipo de resultado era desiderativamente necesario que apareciera en la tirada siguiente. En ocasiones el cadáver exquisito también se lo puede jugar estando todos sus eslabones o partes a la vista. El diálogo, en las sesiones, se va constituyendo por una sumatoria de elementos, manifiestos y latentes, que construyen un determinado clima emocional y que afectan a los sujetos presentes implicados. Veamos la secuencia que produce una familia en una sesión, examinada desde este punto de vista. Tomo un material clínico que muestra S. Gomel (2020).

Desplegamos el aspecto que genera la consulta, que demanda la escuela, pues la hija, de cinco años, le pidió a dos compañeritos que se bajaran los pantalones y le mostraran la cola.

Madre: no entiendo qué puede estar pasando. Nosotros somos muy religiosos, y esos temas no se hablan delante de los chicos. No sé de dónde los puede haber sacado.

Padre: para mí que los chicos quisieron hacerlo, y después dijeron que había sido ella.

La hija, que estaba jugando con una muñeca, la introduce en una cuna, y luego mete también un elefante.

Hija: La nena está durmiendo con un elefante. ¡La aplasta, la aplasta!

Terapeuta: Un elefante es algo muy grande para que duerma con una nena.

Madre: Ella es muy imaginativa.

Hija: Cuando duermo con el abuelo, me aplasta y me quiere ver la cola.

Padre: ¿Qué decís? ¿Cómo se te ocurre decir esas pavadas?

Terapeuta: ¿Ella duerme con el abuelo?

Madre: Mamá murió y papá estaba tan triste que varias veces la llevamos para que duerma con él, porque eso lo pone contento. Pero de ahí a lo que ella dice...Por eso digo que es muy imaginativa.

Hija: El abuelo me aplasta y me toca.

Padre: Bueno, seguro que pasa porque está dormido y no se da cuenta.

Hija: No, no está dormido, tiene los ojos abiertos, me mira.

Terapeuta: Lo que cuenta la niña es muy doloroso y difícil de escuchar, y por eso es más tranquilizador pensar que es imaginativo. Hasta que se sepa bien qué está pasando, mi indicación es que no puede más dormir con el abuelo.



En este caso, además del relato verbal manifiesto y de lo que ostensiblemente muestra el juego de la hija, están los aspectos ocultos de todos los implicados, que se intercalan en el diálogo, y que podrían inferirse o sospecharse a partir de esta secuencia. La erotización de la hija no está expresando, tal vez, sólo su realidad psíquica, y se abre el interrogante acerca de qué estimula su curiosidad sexual. La terapeuta presume una probable situación de abuso sexual, y los padres cierran filas en torno a una incuestionable moral endogámica: nada que interrogar puertas adentro y si hay pecadores están afuera, se trate en un momento de otros chicos que introducen lo sexual inadmisibile, o los desbordes imaginativos de su hija, en otro momento, que provienen de zonas oscuras pero inocentes (se trata de la ingenuidad sexual de los niños, como en la época prefreudiana) y alejadas de su voluntad consciente, correcta y debidamente educada. ¿Cómo encontrar fisuras en el relato paterno, cerrado de certezas y desmentidas? ¿Este relato no continúa el lugar que epocalmente se le sigue dando al niño, que “opera la cruda trama social de subjetivación” (R. Paz)? O de desubjetivación.

El juego de la niña dramatiza el poder del dispositivo dispuesto, arma la situación que incluye la escena problemática, inicialmente de ella y ahora de todos, visibilizando y enunciando el maltratante aprisionamiento que la dinámica familiar repudia. La mirada y puntuación de la terapeuta es la que autoriza y valoriza el pliegue ahora abierto, el doblez desplegado que empuja la enunciación de la analista. S. Ferenczi diría que es la aplastante pasión del elefante sobre la ternura de la nena el exceso que la desborda. La terapeuta, al modo de Ferenczi nuevamente, opera como una traductora subjetivante, intentando afianzar un cuidadoso respeto por diferencias y diversidades. La hija juega para crear diferencias en el sentido derridiano (Rodulfo, 2019). La alegre manipulación de la muñeca es un inicio genuino del seguir exponiendo temas serios. Cuando las cosas van bien, sobre el tapete del entre que el dispositivo abre, la perinola debiera siempre caer en el “todos (vamos) difirien(do)”.

En su última intervención la terapeuta proscribe el colecho. Esta discontinuidad subjetivante es impuesta desde el poder profesional de la analista. Al modo de Freud: si no podemos analizar o enseñar, gobernamos. En este caso: prohibimos esa experiencia, autorizándonos desde lo autorizante social. Se prescribe la proscripción.

Como vemos, el cadáver exquisito es una narrativa, escrita o gráfica, y sus diferentes componentes se añaden sucesivamente. Pero, en la clínica vincular (y, en este aspecto nos alejamos de este modelo), van apareciendo también simultáneamente, como en el ejemplo citado, pues mientras los padres comienzan a enunciar verbalmente el problema la hija lo abre lúdicamente jugando con la muñeca. Otro aspecto a tener en cuenta es que en la clínica hay menos zonas cubiertas y con un contenido diferente del que aparecía un



siglo atrás, pues los diques morales ya no velan los materiales como en esas épocas (cf. la exposición de zonas de privacidad e intimidad en la televisión, en los realities que siguen el modelo de "Gran hermano").

Veamos otro ejemplo, que tomo nuevamente de la obra de S. Gomel (2020). Es la síntesis de la primera (y última) entrevista con una familia con una hija adolescente.

Madre: No sé para qué estamos aquí. La terapeuta de mi hija lo sugirió, pero...no sé...

Hija: Yo estuve pensando algunas cosas en mi terapia en relación a mi familia, y nos pareció que podía ser bueno que viniera con mis papás.

Terapeuta: ¿Y qué es lo que estuviste pensando?

Hija: Bueno, de noche me despierto a veces muy angustiada y tengo que ir a dormir a la cama de mis papás. Papá se va y me quedo durmiendo con mamá.

Madre: Yo estoy harta de esta situación. Son muchos años. ¿Qué tenemos que ver nosotros?

Terapeuta (dirigiéndose al padre, que se ha sentado cerca de la puerta y tiene la expresión de estar malhumorado). ¿Qué pensás de esto?

Padre: Yo no pienso. Había que venir y vine.

Hija: Pero yo últimamente te veo mal, triste, y me parece que es por lo del tío Enrique.

Padre: ¿El tío Enrique? ¡Me salís con cada pavada!

Hija: (Se larga a llorar). Sí, porque el tío tuvo un intento de suicidio y vos tenías que ir a dormir todas las noches con él porque no se lo podía dejar solo.

Madre(alterada) Estamos perdiendo el tiempo. Tenemos una familia excelente. Yo me llevo bárbaro con mis hijos.

Hija: Sí, claro, ustedes son buenísimos, yo no pienso que ustedes tienen la culpa de nada.

Terapeuta (en tono conciliador): Aquí no estamos para buscar ningún culpable. Ella y su analista pensaron que estando todos juntos quizás podrían surgir algunas ideas que pudieran echar algo de luz a la situación.

Padre: Pero no estamos todos. Falta el gato.

Hija: Papá, no me jodas. Yo no te veo bien, algo te pasa...

Padre: ¿Querés saber qué me pasa? Que están jugando Boca y River, y que me estoy perdiendo el partido de fútbol, eso me pasa...

Madre: Esto es un desastre. La familia no tiene nada que ver con lo que a ella le pasa. Te doy un ejemplo: tenemos una familia muy amiga que es una familia perfecta, pero les salió un hijo adicto. ¿Qué tiene que ver una cosa con otra? La verdad es que yo me quiero ir.

Terapeuta: me parece importante el pedido de ella de pensar junto con su familia algunas cuestiones que puedan influir en lo que la hace sufrir. La idea no es culpar a nadie sino colaborar entre todos para poder entender lo que está pasando.

La terapeuta reconoció, en su texto, haberse sentido enojada por el trato descalificante y expulsivo hacia la hija, por desmentir el papel subjetivante de la vincularidad y por

rechazar su palabra. Sólo intervenían para victimizarse, reprochar o aún burlarse o criticar el sufrimiento de su hija, banalizando sus preocupaciones. Para la hija sí pudo ser un aporte el verse avalada por la terapeuta en sus propósitos. La terapeuta pudo observar una pertenencia fallada, una identificación patógena y la ausencia de una palabra que ponga un límite.

Tanto la hija como la analista resisten el quedar incluidas y subsumidas en el libreto representacional de los padres. En un sentido diferente al concepto freudiano, la terapeuta intenta construir en inmanencia una experiencia subjetivante inédita, capaz de aportar nuevas perspectivas y relatos, y de crear una verdad situacional. Experiencia que sustituiría la disociación que inicialmente presentan (la familia vs. la hija enferma) por una nueva inclusión, con posibilidades novedosas de pensamiento (la dimensión simbólica para algunos autores), de lazo social y con la posibilidad de interrogar anclajes identificatorios. Al modo de la publicidad de una inmobiliaria, parecen decir a los padres: "Los invitamos a un importante emprendimiento...".

La hija, triste y angustiada, no puede permanecer a la noche en su dormitorio, en una soledad amenazante y riesgosa. Corre peligro, no por su potencial autoagresión, como el tío, sino por la represalia proyectada por aspectos censurables que materializarían presencias inquietantes que saldrían de la oscuridad. No hay objetos, en su mundo interno, que acunen y protejan su reposo; tampoco cuenta, en sus vínculos familiares, con sujetos implicados emocionalmente en sus deseos y necesidades. Sólo en su tratamiento individual, y en la escucha de la terapeuta familiar, encuentra las adecuadas compañeras de ruta que necesita para continuar la exploración de las rutas exogámicas capaces de liberarla de las rejas endogámicas. La hija sale de su habitación para entrar regresivamente a protegerse en el dormitorio, paterno y, sin poder evitarlo, vuelve a capitular. Se trata de encontrar otra salida: hacia un nuevo afuera, hacia inéditos vínculos, hacia distintas vivencias.

La terapeuta interviene con preguntas, aclaraciones y reitera la adecuación de la consulta en sus conclusiones. Tal vez hubiese sido útil señalar el forzamiento con que asistieron al encuentro y la dificultad en apartarse de las ideas con las que ya habían ingresado, alejándose de otras perspectivas e ideas, las que mostraba la terapeuta e inicialmente la hija. No falta un gato, sino que sobra un perro: el que la hija y/o una terapeuta querrían meter para que acepten tramposamente la acusación de hacer mal las cosas con la hija. Exponer esa ambivalencia no garantiza que la hubiera examinado con curiosidad, pero sí que hubiera transformado ese malestar administrativo en una molestia por tener que enfrentar desacuerdos y el desafío de dialogar acerca de ellos. La orden de los padres de ser grande y no molestarlos perturba su subjetivación e influye en fijarla en posiciones de



infantilización neurótica, que motivan su tratamiento y que expone abiertamente hacia el final de la entrevista. Los padres temen lo inesperado que pueda acontecer en la entrevista con no menor aprensión que la de la hija ante lo que pudiera surgir de las sombras de su dormitorio. La vulnerabilidad de estos padres hace que se cierren frente a lo diferente (amenazante de la homeostasis de una "hermosa familia"). Lo paradójico del hartazgo de la madre, por la costumbre de la hija de pasarse a la cama matrimonial a la noche, es que padece una repetición en la que, inconscientemente, ella es co-responsable, por la distancia emocional y empática que pone con ella. La madre, hacia el final de la entrevista, parece envolver a su hija con su canto de sirena. de subjetividad desubjetivante o, como diría Maurice Blanchot, de humanidad inhumana, que emerge de un abismo desesperante y conduce a un atrapamiento ansiógeno en una civilizada desolación desesperante, de musicalidad culpógena, que impide la navegación exogámica de la hija. La madre pudo haber sentido, al salir, que la entrevista ha sido un tropiezo que la hizo apenas tambalear, pero no caer. Logró sostener y garantizar su lugar, ese lugar donde su hija cae, cae como sujeto de vínculo y cae como sujeto del deseo del derecho de desear. La madre sale como entró: con el poder immaculado de imponerle, como diría Spinoza, una desolación triste. El padre está aparte, partido (con la cabeza en otra parte) y pronto a partir." Dame el partido de cada día, más líbrame de todo sentimiento", parece pedir con sus decisiones. Si alguien busca un nuevo lugar (su hermano, su hija) él simplemente cumple y se presta, pero sin compromiso con esos prójimos no próximos. Los espectros que, en las sombras, aguardan otra vez su aparición, como una maldición irremediable, que impide cada noche un reposo necesario, no es sólo el síntoma la hija, sino indicadores de un renovado sufrimiento familiar que, en inmanencia, llama a ser interrogado y a considerar la posibilidad de experiencias rotas en el pasado, de fragmentos desgarrados que reclamen acontecimientos nuevos cicatrizantes, subjetivantes.

En el cadáver exquisito arriba al participante algo expuesto manifiestamente —un verso, o el fragmento de un dibujo— precedido de partes veladas, no ostensibles. Algo se hace con lo que acontece, y se interviene añadiendo un nuevo elemento, en parte oculto (misterioso) y en parte visible. Estas vivencias se aproximan al clima en el que, en las situaciones clínicas que nos instituyen, impulsan y estimulan nuestra intervención, propuesta siempre como una conjetura que haga pensar. El resultado es de autoría múltiple, como en la clínica. Ese anonimato no enmascara responsabilidades sino expone lo que, en comunidad, se firma, se afirma, se sitúa, designa o significa. Ilustro estas ideas comentando dos viñetas clínicas de la Lic. Silvia Gomel.



Federico R. Urman: Médico. Miembro Titular en función Didáctica de APdeBA. Especialista en Niñez y Adolescencia (IPA). Magister en Familia y Pareja (IUSAM). Profesor Titular del IUSAM. Profesor Consulto del Hospital Italiano. Secretario Académico de la Maestría en Familia y Pareja IUSAM). Autor de distintos trabajos presentados y artículos publicados.

Resumen: El cadáver exquisito, juego narrativo verbal escrito o visual surrealista, que, en cada paso, ofrece al participante contenidos ocultos y expuestos en una serie abierta de devenir incierto, es comparado con el modo en que el material clínico que genera el dispositivo analítico aparece ante cada sujeto presente en la sesión. Las intervenciones del analista, implicado en la situación, expone cómo reflexiona y puntúa, un material que incluye elementos reiterados, novedosos, inéditos y aún indeterminados que se van produciendo y lo afectan. Se ilustran estas ideas con dos viñetas clínicas.

Descriptor: Agresividad – Desubjetivación – Vínculo – Discontinuidad – Diferencias - Caso clínico.

Resumo: O cadáver primoroso, jogo narrativo verbal ou visual escrito surreal, que, a cada passo, oferece ao participante conteúdos ocultos e expostos em uma série aberta de devir incerto, é comparado com a forma como o material clínico gerado pelo dispositivo analítico aparece antes de cada sujeito presente na sessão. As intervenções do analista, envolvido na situação, expõem como ele reflete e pontua, um material que inclui elementos repetidos, inéditos, inéditos e ainda indeterminados que são produzidos e o afetam. Essas ideias são ilustradas com duas vinhetas clínicas.

Descritores: Agressividade – Dessubjetivação – Link – Descontinuidade – Diferenças - Caso clínico.

Abstract: The exquisite corpse, a surreal written verbal or visual narrative game, which, at each step, offers the participant hidden and exposed content in an open series of uncertain becoming, is compared with the way in which the clinical material generated by the analytical device appears before each subject present in the session. The interventions of the analyst, involved in the situation, expose how he reflects and punctuates, a material that includes reiterated, novel, unpublished and still undetermined elements that are produced and affect him. These ideas are illustrated with two clinical vignettes.

Descriptors: Aggressiveness – Desubjectivation – Link – Discontinuity – Differences - Clinical case.

BIBLIOGRAFÍA

- Gomel, S. (2021). *Familias, parejas, analistas: la escena clínica*. Buenos Aires: Lugar, Buenos Aires, 2020.
- Rodolfo, R. (2019). *En el juego de los niños*. Buenos Aires: Paidós.
- Urman, F. (2021). Un sentido particular y específico del ir jugando y dibujando en la clínica vincular. Tesis de Maestría, IUSAM.
- _____. (2022, octubre). Ocurrencias (también en la psicopatología de la vida cotidiana) acerca de lo inédito. Simposio APdeBA.